

culta y elevada Elena. Solamente Jerónimo, á pesar de un exterior que le favorecía bien poco, concentraba en sí el cariño de su madre por las relevantes cualidades que desde su niñez le distinguían, como la meditación profunda, la abundancia de ideas y de palabras, los arrebatos que algunas veces rayaban en místicos, las iluminaciones que de su porvenir le traía lo presente, el genio misterioso de la propia vocación, genio riquísimo en verdaderos y sublimes presentimientos. Las ideas, al pasar por la fantasía de la mujer, toman, como la luz al pasar por las facetas del prisma, varios y espléndidos matices. Desgraciado aquel que no ha recibido los gérmenes de los primeros sentimientos de labios de una madre; desgraciado aquel que no ha visto florecer la primavera de la vida al tibio aliento de una mujer querida. La rara mezcla de energía y delicadeza, de flexibilidad y constancia, de amor y pensamiento, de valor y ternura que necesita el hombre, débese á que la mujer pone en el cáliz de su vida esa miel de su cariño maternal, que la perfuma y la endulza para siempre. La inteligencia en sus comienzos necesita como el ave en su nido recibir el alimento intelectual de boca de una madre y el abrigo en la desnudez primera recibirlo también de las pródigas alas de una madre. Así cuando Savonarola, en sus arranques de odio, sentía arrepentimiento, cayendo de nuevo en la caridad y en el amor; cuando en las porfías del combate predicaba y aconsejaba el bien á sus más implacables enemigos; cuando en esos momentos de desesperación, frecuentes en las angustias de la vida, algún ángel de consuelo aparecía y se sentaba á su lado; cuando alguna nota mística, sublime, plañidera resonaba en los estruendos y en los estremecimientos de la tempestad, debía ver á su lado, como inagotable númeron de virtud y de bondad, el alma tierna y bendita de su santa madre, que había puesto íris en los celajes de su conciencia, rocío bendito en las esterilidades de su corazón, esperanzas en los abismos del sepulcro y en los senos de la muerte.

Otra mujer debía influir también con soberana influencia en la vida de Jerónimo Savonarola. Estaban las ciudades italianas por este tiempo sujetas á cambios bruscos de política; y estaban los cambios bruscos de política condenados á expulsiones y á destierros. A causa de aquellos cambios tan frecuentes y de aquellos terremotos tan profundos, los Strozzi habían abandonado á

Florenza y recogídose, náufragos de las discordias civiles, en la ciudad de Ferrara. Pertenecía Strozzi á una de las familias patricias florentinas, y llevaba consigo su hija única, jóven de peregrina hermosura y de rara inteligencia. Enamoróse de ella Savonarola; y en este instante crítico de su existencia, pudo cambiarse por completo su vocación y su destino. Correspondido, amado, perteneciendo á familia rica y noble; con opulencia en la vida, con poder en el mundo, con hijos que le obligasen á calcular lo porvenir, con el corazón sereno, con la conciencia tranquila, querido de los suyos, respetado y puesto sobre el pavés de la fortuna; sus nervios no se descompusieran, su fantasía no se exaltara, su vehemencia no creciera, como al contacto del infortunio y del dolor. Así son siempre los redentores en el mundo. Para llegar á la adoración de las generaciones venideras; para subir á los altares de la historia; para obtener la apoteosis de la inmortalidad, tienen que sudar sangre en el huerto de las Olivas, que devorar injurias en los tribunales del pretorio, que recibir de los sayones la leve bofetada de la ignominia, que apurar hasta las heces el cáliz rebosante de hiel y vinagre, que ceñirse una corona de espinas y tenderse en el patíbulo de la cruz. Imaginaos á Savonarola feliz; y hubiera indudablemente sido un buen esposo, un buen padre, ignorado de la historia y sin poder alguno para dejar en el espacio, en el tiempo, en el alma humana la hondísima huella que ha dejado; pero vino la desgracia á visitarle, á herirle, á romperle en mil pedazos el corazón, á prestarle esa nota melancólica que parece como el plañido del alma dolorida; y el dolor, que le ciñó las sienas con una corona de espinas, también se la ciñó con el resplandor de la inmortalidad. Había puesto sus esperanzas en una mujer amada, concentrado su vida en lograrla, y cuando le rechazó la familia con suprema negativa, en parte á causa de su profesión, y en parte á causa de su figura, creyó que venía sobre él la muerte, cuando realmente venía sobre él la inmortalidad. En aquel momento de abandono, de soledad, de tristeza, todos los horizontes se oscurecieron á sus ojos y todos los abismos se ensancharon á sus plantas; parecióle que la luz del cielo, no negada á las fieras, le faltaba y que solo debía anticiparse la muerte material, puesto que la muerte moral la llevaba en el alma desengañada. Imaginaos un campo primaveral sorprendido por una helada súbita; y tendreis idea del tránsito de Savonarola desde la vida del

mundo á la vida del claustro. Si no habia de amar ni ser amado; si no habia de sentir la felicidad del hogar doméstico, única dable quizás á nuestra pobre naturaleza, ¿para qué vivir en sociedad donde le condenaban á perdurable dolor y á desgracia perdurable? Así puede decirse que, desde este momento supremo, se desasíó del mundo, como de unos brazos yertos, que ya no podian retenerle. No buscó el suicidio, como lo hubiera buscado un heleno ó un romano en situacion análoga; ciñóse por mortaja el sayal de los dominicanos; hizo del claustro un panteon inmenso; encerróse en él como un muerto en su sepultura; y pensó no tener mas esposa que la Iglesia, ni mas posteridad que sus obras, ni mas familia que todos cuantos padeciesen de sus padecimientos y amasen con sus amores. Tenia el claustro para Savonarola esta suprema ventaja; la de ser un sepulcro, sin necesidad de pasar por la muerte. Así, desde este instante supremo, pudo proceder como si ninguna ligadura le atase á la tierra y como si no tuviese ninguna relacion con los hombres. Legislador, buscó los códigos dictados por las leyes de sus pensamientos; tribuno, repitió ante las gentes en voz alta los secretos avisos de su conciencia; y pudo amenazar á los poderosos sin reemplazarlos ni sustituirlos; y reformar á los humildes sin violentarlos ni oprimirlos. SEPO 9102

El claustro pugna con la actividad de la vida moderna, con la tendencia positiva de nuestras instituciones y leyes, con el amor que sentimos por la familia, con el individualismo propio de nuestras libertades políticas y del medio social en que respiramos y vivimos. Pero el claustro en la Edad media; cuando las sociedades enteras se recluian ya en el Estado ó ya en la Iglesia; el claustro, si reducía al hombre en sus frias paredes bajo una estrecha regla á vida de obediencia y de servidumbre externa, dejaba, en cambio, inmensa libertad al espíritu, si no para profesar el pensamiento que su razon le dictaba, para ejercitarse en toda clase de trabajos intelectuales y para disponer del tiempo completa y absolutamente á su arbitrio. Asegurada la vida, y definitivo ya el hogar; con todas las necesidades satisfechas, con una separacion absoluta de esas exigencias de la vida diaria que conturban el ánimo y oscurecen el entendimiento; la vocacion intelectual podia cumplirse con segura independencia de que no pueden tener idea hoy los míseros esclavos del trabajo. Así podia Savonarola desposarse espiritualmente con una idea y unirse á ella de

por vida; dar de mano á toda ocupacion que no fuese el cultivo asiduo de su inteligencia; consagrar todo el tiempo necesario á la meditacion reflexiva de sus obras; y despues de meditadas, á la reposadísima elaboracion, que necesita todo cuanto ha de ser duradero así en la naturaleza como en el espíritu. Por consecuencia, estos hombres huidos del mundo, concentrados en sí mismos, puestos en retiros á donde no llegaban las pasiones tumultuarias de la sociedad ni las exigencias imperiosas de la familia, cuando vivian exclusivamente para las ideas como suelen las almas superiores, tornábanse espíritus puros, capaces de atravesar con su vuelo todos los horizontes del pensamiento y de convertirse en una especie de arquetipo y de ideal á los ojos del mundo y de la historia.

Desde el dia en que Jerónimo sintió deslizarse el desengaño en su corazon, empezó á morir para el mundo y á nacer para la historia. La tristeza mas profunda se pintó en la color amarilla de su rostro y en la luz casi extinguida de sus ojos; la soledad fué como la única compañera de su corazon desolado; enflaqueció su cuerpo hasta el extremo de parecer ya en las mocedades, cuando la vida toma la exuberancia de la primavera, como una triste y nefasta sombra; la lectura de la Biblia dió á su elocuencia la forma verdaderamente profética que la caracteriza, y la lectura de Santo Tomás puso en esa forma la médula y la idea que la anima; como buen italiano su tristeza llegaba hasta separarle del mundo, pero no llegaba, no, hasta separarle del arte, pues eran en Italia por este tiempo las almas parecidas á esos ángeles de los cuadros místicos que todos aletean con alas de colores, que todos brillan con aureolas de varias luces, que todos tocan instrumentos músicos, que todos entonan como en coro inmortales suaves y deliciosas melodías. Así, cuando mas desesperado estaba, cogía su laúd, lo pulsaba con arte, y decía al son de sus cuerdas canciones melancólicas de esas inspiradas ó por los desengaños del amor ó por el amor á la muerte. Así el pesimista mayor de nuestros tiempos no compondria versos tan terribles, tan siniestros, tan llenos de espantosa melancolía, como el poema titulado *De Ruina Mundi*, en el cual ve todas las virtudes perdidas, todas las buenas costumbres abandonadas, el tirano tranquilo en su trono, el ladron gozando en paz del fruto de su rapiña, todos los crimenes coronados y despreciadas todas las grandes almas. Así es que su única esperanza está en otra vida, donde sabrá el supremo juez apreciar en su valor

la virtud y conocer las almas elevadas por la elevacion de su vuelo. Decididamente esta tristeza le empujaba al claustro, como el sitio apropiado á su alma entristecida y solitaria. Cuando interrogaba por su vocacion al cielo, el cielo y la conciencia debian decirle á una que nació para monje y que en la vida monástica se encontraba el centro de gravedad de su sér.

Estudiemus ahora lo que los antiguos llamaban la complexion, el natural de Savonarola, y lo que los modernos llaman con otro nombre menos propio, el carácter. En el Universo existen las especies y existen los individuos. En la sociedad existen á su vez caracteres generales á todos los hombres y caracteres particulares á individuos especialmente. Así como resulta muy difícil explicar lo que los antiguos llamaban fuerza de individuacion en la naturaleza, resulta muy difícil de explicar tambien la variedad de caracteres en la historia. Hay quien cree que todas las naturalezas nacen fundamentalmente iguales, sin característicos signos que las definan, las diferencien y las distinguan; hasta que la educacion sobrepone á estos vacíos espacios del alma sus fuerzas creadoras, constituyendo una personalidad característica por medio de esa repeticion constante de actos que se llama hábito ó costumbre. Hay quien cree, por lo contrario, que el hombre nace con su naturaleza moral, su naturaleza física y su naturaleza intelectual ya formadas, sin que puedan ni conciencia, ni albedrío, ni voluntad, ni fuerza alguna interior libertarlo de estas fatalidades, cuyo peso le abruma desde el nacimiento hasta la muerte. Realmente, si al estudiar lo que hoy ha dado en llamarse un carácter, prescindimos de lo que hay de universal en todos los caracteres, como si prescindimos tambien de lo que hay de individual, caeremos en el error en que siempre se cae cuando se desconocen ó se olvidan las leyes inmutables de las cosas. Es mas, si no admitimos que en todo carácter moral influye poderosamente el organismo en que va encerrado y la complexion natural á este organismo, caeremos en errores tan graves como si negáramos el juicio de la conciencia ó el poder de la voluntad. Indudablemente hay principios esenciales á todos los caracteres; hay particularidades propias de caracteres determinados; hay en la educacion una virtud que se explica por la enseñanza, por el ejemplo, por el hábito. La familia nos da algo de su sér en el cuerpo, en el alma, hasta en el acento; la nacion, algo tambien, porque miles de afectos nacionales se

mezclan á nuestra manera de sentir individual; mucho nos da la naturaleza ambiente que nutre desde la médula de los huesos hasta los lóbulos del cerebro; mucho la complexion física y sus fatalidades fisiológicas y orgánicas; pero no puede negarse en absoluto que la voluntad individual, que el albedrío, que la conciencia, que el juicio, que el raciocinio, si por ciertos aspectos y por ciertas relaciones se mezclan á los nervios como la nota ó la cadencia ó la melodía á la cuerda que la producen, ciérranse allá en las regiones superiores y espirituales del alma con toda independencia así del clima que los rodea como del cuerpo que los contiene. Yo bien sé que hay naturalezas vulgares, las cuales van á perderse en el fondo comun de las gentes, á guisa de esos pobres cadáveres hundidos en la fosa comun y olvidados de todo el mundo; pero tambien sé que hay caracteres con virtudes para romper la fatalidad de la naturaleza y de la complexion, y para llegar no solo al pleno día de una conciencia sin manchas, sino tambien á la plenísima posesion de su voluntad individual y de su albedrío, caracteres que yo llamaria típicos, y que Kant llamaba ideales por parecerlo al verbo cristiano en que encarnan en una superior personalidad ó una idea superior ó una doctrina entera. Negar que nacemos conformados de cierta especial manera, equivale á negar que nacemos con ciertas inclinaciones morales incontrastables y con ciertas facultades íntimas verdaderamente innatas. El Giotto, pastor, pinta los objetos que se dibujan en su retina, sobre las húmedas arenas del Arno, y el revelador Newton, desde la juventud, guarda la virginidad de cuerpo y alma necesaria para concebir en las entrañas de su inteligencia, casi sin esfuerzo, y, como la Virgen María, parir sin dolor el plan ideal del Universo y las leyes sublimes de la atraccion universal. No hay que dudarle; de tener Savonarola una mujer querida, un hogar tranquilo, una familia larga, su inteligencia, sin perder las aptitudes á ella congénitas, dejara la vehemencia y la exaltacion y el misticismo y los arrebatos y los deliquios por los cuales llegó muchas veces al estado extático, á las visiones sobrenaturales, al presentimiento profético, al divino idealismo. Sobre el fondo de fe y de amor que ya traia del vientre de su madre bordó la rica y vistosa trama de su vida. Poned á Savonarola en el medio que le habia escogido su familia, en una clínica, practicando la medicina, y estad ciertos de que fuera un mediano médico; pero lanzado por el oleaje de la vida